

EX - LIBRIS

EVOLUCIÓN CONSTITUCIONAL DE CHILE, por *Luis Galdames*.—Tomo I. Santiago, 1926.

El profesor don Luis Galdames, cuyas obras sobre historia patria y pedagogía le han granjeado una sólida reputación en los círculos intelectuales, acaba de publicar el primer tomo de un copioso trabajo titulado «La evolución constitucional de Chile. 1810-1925».

Abarca este primer tomo, en sus novecientas sesenta páginas, los dos primeros períodos de nuestra vida constitucional: la emancipación de la tutela española y la organización del país en una república democrática, al cabo de tanteos imprecisos y contradictorios, entre los cuales asomó más de una vez algún pensamiento dictatorial y monárquico que, afortunadamente, no tuvo eco en la sociedad chilena.

Es un libro el del señor Galdames que ha superado la erudición con que hasta el presente se habían tratado los temas históricos en Chile. Es una vasta síntesis, un cuadro en que hay pinceladas maestras, un conjunto armonioso por equilibrado y ordenado.

SUS MEJORES POEMAS, por *Manuel Magallanes Moure*.—Edit. Nascimento, Santiago, 1926.

La selección de estos versos ha sido hecha, con cariño fraterno, por Pedro Prado. Al frente de ella unas cuantas palabras del autor de «Alsino» nos introducen en el secreto dulce de

esa poesía transparente: «Una vida y una obra continuándose la una en la otra como madre oscura en hijo glorioso. A una larga existencia contemplativa corresponde esa expresión que se goza y distiende en el paisaje. Al amante del silencio, un verso que ondula como la brisa».

Ningún crítico había acertado a definirnos con mayor precisión la obra de Magallanes, en lo que tiene de íntima, de profunda en su sencillez que parece habitual. La ausencia de algunas composiciones que no debieron faltar en este libro—«El leño», «Tu carta», «A La Serena»—no alcanza a ser un reproche al generoso selector de este libro, que supo enriquecerlo con tan bello prólogo.

PÉTALOS, (sonetos), por *Rogelio A. Duro*,—Edit. Tor, Buenos Aires, 1926.

Prologa esta obra el conocido crítico argentino Roberto F. Giusti con unas cuantas páginas en las cuales leemos, entre otras, esta observación: «Creí habérmelas con un principiante y he dado con un cincelador».

Sí; el autor de estos sonetos es sin duda un cincelador; pero nada más que un cincelador. No tienen alma sus versos; no nos conmueven ni nos penetran, aun cuando dice:

Elaboré mis versos sin premura...

Acaso si el autor hubiese puesto en ellos algún calor de espíritu o de pensamiento, nos habríamos sentido más satisfechos al leerlos, aun cuando los hubiera elaborado con toda la premura imaginable.

CHUQUICAMATA: TIERRAS ROJAS, por *Eulogio Gutiérrez*.—Edit. Nascimento, Santiago, 1926.

En una nota que leemos en las primeras páginas de este libro de doscientas treinta páginas de apretada composición, se

nos informa que el autor ha desempeñado diversas funciones de obrero en el mineral de Chuquicamata y que, por lo tanto, su relato ha sido vivido y sus observaciones fraguadas por la misma realidad. Esto nos dispensa de pedirle corrección de estilo, reposo de pensamiento y buena información histórica o siquiera onomatológica.

Sea como fuere, es ésta una obra generosa que expone de manera imparcial, desapasionada, los caracteres del mineral norteño y plantea los problemas que el trabajo en él ha desarrollado y que se hallan todavía sin solución alguna. Apartando la floración excesivamente literaria que en parte entorpece sus páginas, hallamos en ellas buen número de datos estadísticos y de cifras que nos muestran, más claramente que las palabras del señor Gutiérrez, las proporciones de la empresa minera aludida.

FRANCISCO DE ASÍS, por *Augusto Iglesias*.—Santiago, 1926.

El escritor señor Iglesias glosa con palabras líricas novedosas y artísticas el séptimo centenario de la muerte del «poverello». Los poemas que contiene este libro tienen desigual importancia, pero logran, en conjunto, mostrarnos un aspecto de la admiración que actualmente siente el mundo por el santo de Asís. En efecto, nuestros contemporáneos veneran al santo, lo siguen como tema literario, lo ensalzan hasta el límite de la exageración; pero... no lo imitan.

He aquí la prueba, ofrecida por el mismo señor Iglesias:

Padre mío, Francisco: he glosado tu ejemplo
en versos con ondulaciones de sayal:
pero el «hermano asno» tiene el pellejo áspero
y es mediodía... ¡Oh, Padre, sé que comprenderás!

Nosotros también hemos comprendido, y pasamos a otra cosa.

POLIEDRO AZUL, por *Arturo Vásquez Cey*.—Buenos Aires, 1926.

La poesía del señor Vásquez Cey es difícil y oscura. Una visible influencia de Rubén Darío, de Valencia, de Lugones, la recorre de un extremo al otro. El verso, por lo general correcto, se recarga de palabras cultas y en él la frase se hace laberíntica.

No puede negarse que el señor Vásquez Cey es poeta: un poeta a su manera, que vive en un mundo de imágenes de retrasado sabor simbolista. Convence poco y gusta menos.